

O USTED...¿QUÉ OPINA?

Por Leonardo Ffrench Iduarte¹

PRIMERA PARTE. ALGUNAS ANÉCDOTAS DIPLOMÁTICAS MEXICANAS²

Casi todos conocemos, o creemos conocer, algunas anécdotas que, real o supuestamente, han ocurrido en la trayectoria profesional de diplomáticos mexicanos o de otras nacionalidades. Para conocer estas últimas en abundancia tan sólo habría que leer el libro “*La fin des Ambassades*” (El fin de las Embajadas) del escritor francés Alain Peyreffite.

En esta columna me propongo relatar someramente algunas **anécdotas reales** ocurridas en los últimos cincuenta años a diplomáticos mexicanos en diversos lugares del planeta. Por consideración a sus “actores” omito sus nombres en aquéllas que causan pena ajena, por decir lo menos...

EN TOKIO

Durante uno de los banquetes anuales a los que invitaba el Emperador Hirohito a todo el cuerpo diplomático con motivo de su cumpleaños, al Consejero para Asuntos Políticos de la Embajada de México, ataviado con su mejor *cravate blanche* (o frac) y practicando la cleptomanía de coleccionista que en ocasiones nos caracteriza a muchos, se le antojó esconder en uno de los bolsillos de su elegante atuendo, un finísimo cenicero de porcelana, para llevárselo como recuerdo de tan memorable ceremonia.

Cuál no sería la vergüenza que invadió al Embajador de nuestro país y a sus demás acompañantes que, al formar la cola de despedida de la cena, el Jefe de Protocolo, de pie junto al Emperador, detiene momentáneamente al Consejero para Asuntos Políticos y, delante de todos los demás diplomáticos que estaban a punto de agradecer la invitación de Su Majestad, le entrega una enorme y perfectamente empacada caja de cartón diciéndole en perfecto inglés y en voz alta:

-La familia imperial y el gobierno japonés nos sentimos profundamente halagados al descubrir que al señor Consejero le encanta la porcelana japonesa. En esta virtud hemos decidido obsequiarle un juego completo, para seis personas, de la vajilla que se utilizó en esta cena con motivo del cumpleaños de Su Majestad. Además, si le resulta un tanto molesto cargar la caja personalmente, se la haremos llegar a su domicilio particular...

Obviamente, fue la última cena diplomática a la que asistió el Consejero. Unos días después pudo añadir a su menaje de casa una preciosa vajilla imperial japonesa en su viaje de regreso a México, al término de su misión...y de su carrera.

¹ El autor del presente artículo es el Embajador de México, jubilado

² La serie de artículos **O usted...¿qué opina? Anécdotas Diplomáticas**, fueron publicados en la Revista MX Sin Fronteras, No. 14, editada en Chicago, Estados Unidos. El presente se publicó en febrero del año 2005

EN MOSCÚ

El Embajador de México ante la extinta URSS, allá por los sesentas, recibió en el aeropuerto Scheremétievo Tva a una delegación de cuatro diputados federales de nuestro país quienes, tras un cansadísimo viaje de más de veinte horas, en Aeroflot, sin clase ejecutiva, le preguntaron si era posible pasar a comer un poco de caviar y tomar un poco de vodka antes de llevarlos a su hotel, pues tenían información de que dichos comestibles y bebestibles eran más baratos en Rusia que los tacos de frijoles en nuestro país y se podían consumir en cualquier parte.

El Embajador aceptó encantado, pues podría enterarse de la grilla vernácula y tendría algo de quehacer... Ofreció llevarlos a uno de los restaurantes más típicos pues, según les dijo, allí lo conocían muy bien y el servicio era excelente, además de que él no necesitaba hacer reservación...

Ya sentados a la mesa del lujoso restaurante con muebles antiguos y olor a humedad, amenizado por un cuarteto de cuerdas, el Embajador les preguntó a los legisladores si deseaban algún tipo especial de caviar o de vodka. Estos, como es habitual, le respondieron que, “como buenos mexicanos (...)”, comerían lo mismo que el Embajador, además de que no entendían ni papa del menú, pues todo estaba escrito en alfabeto cirílico. Todo esto después de preguntarle al Embajador qué tanto ruso hablaba y éste responder con el consabido: -Hablo poco porque es muy difícil, pero lo entiendo prácticamente todo...

Ni tardo ni perezoso el Embajador llamó al *Maitre d'Hotel* y, señalando con el dedo un renglón numerado en ese menú, le ordenó: -Cinco veces, please...

Como pasó más de media hora y no les traían ni de comer ni de beber, los diputados empezaban a mostrar signos de enojo por el servicio, de hastío por la conversación del Embajador y de cansancio por el viaje y la diferencia horaria. El Embajador, atento a los movimientos de sus invitados, llama de nuevo al capitán de meseros y le vuelve a señalar el renglón correspondiente del menú en ruso, con cierto aire de reclamo. El capitán simplemente respondía inclinando la cabeza y diciendo: Da, da, da, Excellenz...

Media hora después, sin servicio de ninguna índole, no le quedó más remedio al Embajador que empezar a vociferar: -Manager please...Manager please...pues sabía que el gerente era el único empleado del restaurante que hablaba inglés o el único que aceptaba abiertamente hablarlo.

Vino a la mesa el gerente, más pálido que una sábana limpia, pues sabía que la queja de un diplomático extranjero podría significarle un viaje a Siberia solo de ida, y le pregunta al Embajador la causa de su enojo.

El Embajador le aclara, con aires de cacique mexicano perdonavidas, que hacía más de una hora que habían solicitado el servicio. Que, como seguramente sabía el gerente, él era el Embajador de México y venía con frecuencia a ese restaurante. Y que, en consecuencia, no estaba recibiendo el trato digno que merecía su investidura...

Al gerente no le quedó más remedio que informarle con toda franqueza a “*nuestro representante diplomático*” que probablemente él no lo había notado por estar concentrado en la conversación con sus amigos, pero que, como una muy particular excepción a las reglas del restaurante y en consideración a su alta investidura, el cuarteto de cuerdas había repetido una y otra vez, desde que el Embajador la solicitó hacía más de una hora, la misma melodía...

Nuestro ilustre representante simplemente había confundido el repertorio musical, con el menú.

EN BONN

En el salón de recepciones **La Redoute de Bad Godesberg**, el 15 de septiembre de 1968, con motivo del festejo de la ceremonia del Grito de Independencia, me pidió mi entonces jefe, el Embajador Manuel Cabrera Maciá (q.e.p.d.) que atendiera personalmente a un matrimonio de alemanes que deseaban cierta información acerca de nuestro país, pues tenían la intención de visitarlo en octubre con motivo de los juegos de la XIX Olimpiada.

Me puse a las órdenes de la pareja, tras advertirles que podían preguntar todo lo que desearan, porque era bien sabido que no había preguntas indiscretas, aunque sí podría haber respuestas indiscretas.

Con notoria timidez, que más parecía miedo, se atrevieron finalmente a preguntarme: - díganos por favor con toda sinceridad, joven diplomático, porque nunca hemos visitado México...¿hay todavía antropófagos en su país?

Para darles mi respuesta, ante lo inesperado de su pregunta, hube de respirar hondo, armarme de valor y aclararles:

-Queridos amigos. Pueden ustedes viajar con toda seguridad y tranquilidad a México, porque al último me lo comí yo...(!)

A partir de ese momento, la pareja de alemanes de la tercera edad simplemente me evitó. A tal grado que si yo atendía a invitados en algún rincón de La Redoute, la pareja se mudaba al rincón diametralmente opuesto...

Como habrán notado los lectores, hay anécdotas de chile, de dulce y de manteca. **O usted...¿qué opina?**

Cuernavaca, Morelos , a 22 de diciembre del 2004. (Entrega para el No. 14 de MX, febrero del 2005)

O USTED...¿QUÉ OPINA?

Por Leonardo Ffrench Iduarte³

SEGUNDA PARTE. OTRAS ANÉCDOTAS DIPLOMÁTICAS⁴

EN LONDRES

A mediados de la década de los setentas del siglo pasado, en la famosa “*garden party*”, fiesta que ofrece el Ministerio de Asuntos Externos del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, la víspera del cumpleaños de la Reina Isabel II en los jardines del Palacio de Buckingham, el Embajador de México don Vicente Sánchez Gavito, ilustre internacionalista, estaba sentado a una de las elegantísimas mesas redondas junto a la esposa del Embajador de la República de Sudáfrica.

Don Vicente, según su propio relato, me contó que su compañera de mesa curioseaba los personificadores de sus vecinos, tratando de leerlos para conocer los nombres y orígenes de los demás comensales e iniciar con ellos alguna conversación superficial, como la inmensa mayoría de las mismas en fiestas diplomáticas.

Don Vicente Sánchez Gavito, notando de reojo la curiosidad de su vecina, dirigió su personificador hacia ella y, con toda propiedad, aprovechó para presentarse.

-Soy Vicente Sánchez Gavito, Embajador de México.

La vecina agradeció el gesto y, después de un rato, le preguntó a don Vicente:

-Perdóneme señor Embajador, pero como nunca he visitado su país, quisiera saber...

-¿En qué puedo servirla señora? Lo que usted guste.

-Dígame por favor ¿es cierto que en su país algunas personas utilizan todavía plumas, a manera de penachos, en su atuendo personal?

-Desde luego que sí My Lady. Puede usted constatarlo personalmente. Mire usted dos mesas delante de nosotros y verá a una señora de espaldas con un vestido rojo. Es mi esposa, y para esta fiesta decidió traer como tocado ese sombrerito tirolés que, como usted puede ver, tiene una pluma en su lado derecho.

Se hizo el silencio. Ni una sonrisa. Ni una disculpa. Ni una aclaración.

Don Vicente que, con la agudeza visual y la agilidad mental que lo caracterizaba, ya había descubierto de dónde era su vecina, decidió desquitarse preguntándole a su vez:

³ El autor del presente artículo es el Embajador de México, jubilado.

⁴ La serie de artículos **O usted...¿qué opina? Anécdotas Diplomáticas**, fueron publicados en la Revista MX Sin Fronteras, No. 15, editada en Chicago, Estados Unidos. El presente artículo se publicó en el año 2005.

-Según veo My Lady, usted es de Sudáfrica. ¿Es correcto?

-Yes indeed...

-Pero dígame, ¿de qué tribu?

EN NUEVA YORK

A solicitud expresa de algunos neoyorquinos a quienes les molesta no tener los privilegios e inmunidades de que disfrutaban los diplomáticos extranjeros como consecuencia de las convenciones internacionales que han suscrito y ratificado sus propios gobiernos, a mediados de los ochentas el Alcalde neoyorquino le ordenó a sus agentes policíacos levantar infracciones y retirar los automóviles de algunos representantes diplomáticos de países del África Subsahariana que regularmente los estacionaban sobre la banqueta frente a sus oficinas.

El problema creció y llegó hasta el Departamento de Estado, en Washington, D.C., donde los embajadores de varios países africanos fueron citados y se les advirtió que, de no pagar las multas y acatar los reglamentos internos de la ciudad de Nueva York, sus representantes podrían ser declarados *persona non grata* y expulsados de Estados Unidos.

Unos días después, en las capitales de varios países africanos, con el pretexto de “*pronósticos de sequías generalizadas*”, comenzó a escasear el agua en las lujosas residencias de los embajadores estadounidenses, con lo cual se vieron orillados a no poder utilizar sus albercas y a suprimir muchas de las pomposas fiestas que organizaban.

Pudieron averiguar que muchos de sus vecinos se quejaban de los lujos que se gastaban los diplomáticos estadounidenses en países especialmente pobres, de lo que los diplomáticos no se consideraban culpables y, consecuentemente, le pidieron a las autoridades locales protección y que revisaran por qué, “*a sus residencias en particular*”, no llegaba suficiente agua.

Como sus quejas ante las autoridades africanas no parecían prosperar, hubieron de transmitir sus lamentos al Departamento de Estado en *Foggy Bottom*.

Cuál no sería la sorpresa de los diplomáticos africanos al ser convocados de nueva cuenta al Departamento de Estado pero esta vez para comunicarles que “considerando lo difícil del tránsito en Nueva York, la escasez de estacionamientos públicos cercanos a las sedes diplomáticas y la buena voluntad del gobierno de Estados Unidos, las autoridades federales le habían solicitado al Alcalde de Nueva York levantar la prohibición de estacionarse sobre las banquetas a los automóviles debidamente acreditados como propiedad del personal diplomático”...

Como por arte de magia...unos días después pudieron los diplomáticos estadounidenses disfrutar nuevamente de abundante agua para llenar las piscinas de sus lujosas residencias.

EN CANBERRA

En la capital de Australia, en 1972, el Gobernador General convocó al cuerpo diplomático extranjero a una “*garden party*” de etiqueta rigurosa, en pleno verano y sin motivo aparente, pues no era una fecha que correspondiera a algún festejo oficial. Muchos de los invitados trataron de averiguar el motivo, sin éxito.

Al llegar, según me contó el Consejero de la Embajada de México, los diplomáticos extranjeros fueron conducidos a una esquina del enorme jardín de la residencia del Gobernador General, donde transpiraban la gota gorda, tomándose algunos tragos, mientras esperaban la presencia del anfitrión..

Una media hora después apareció el anfitrión rodeado de varias docenas de australianos, portando todos pantalones cortos y ropa ligera propia del clima que imperaba.

El anticlímax llegó en el momento en que el anfitrión hizo uso del micrófono para darle a todos la bienvenida a la “*reunión anual de alcaldes*”...y pedirle a los alcaldes asistentes que voltearan a ver la esquina donde estaba el cuerpo diplomático para “*que aprendieran cómo se debían vestir cuando asistieran a una reunión a medio día en la residencia oficial del Gobernador General*”...

EN RIO DE JANEIRO

Ha trascendido que, durante la presidencia de Juscelino Kubitschek, en los cincuentas del siglo pasado, el Gobierno de Panamá quiso acreditar como Embajador en Brasil a un diplomático de apellido Porras y Porras.

Que, a pesar de las muy buenas relaciones entre ambos países, el otorgamiento de beneplácito de estilo por parte del Gobierno de Brasil, no llegaba.

Ante esta aparentemente injustificada demora, el gobierno de Panamá logró averiguar que “*porra*” en jerga popular brasileña significa “*el órgano genital masculino*”.

Molesto por el retraso en el otorgamiento del *placet*, el gobierno panameño le ordenó al Encargado de Negocios a.i. (o interino) de la Embajada de Panamá que preguntara “*al más alto nivel*” si el motivo para no conceder el beneplácito era el apellido del personaje propuesto.

Temeroso de perder su empleo por ineficacia en la gestión, el Encargado de Negocios a.i. solicitó desesperadamente y logró una audiencia con el mismísimo Presidente Kubitschek, durante la cual le preguntó al Presidente si la razón para no otorgar el beneplácito para el Embajador Porras y Porras era acaso el nombre.

Ha trascendido que el Presidente respondió:

-No es el nombre...¡es la insistencia!

Anécdotas diplomáticas hay una infinidad. A veces las propician las diferencias culturales entre los diversos países. A veces la agudeza o el sentido del humor de los personajes involucrados. Las anteriores han sido tan solo una pequeña muestra del material disponible, que bien podría servir para escribir varios libros. **O usted...¿qué opina?**

Cuernavaca, Morelos, a 21 de enero del 2005. Para No. 15 de Revista MX Sin Fronteras.